

Iglesia, familia y poder en la época de Fernando el Católico: el arzobispo don Alonso de Aragón*

Refiriéndose a la situación general reinante en Aragón hacia finales del siglo XV, el cronista Francisco Diego de Sayas afirmaba lo siguiente: «en aquellos tiempos las atenciones de los Reyes, con estos Principes de su Casa, los tenían llenos de Baculos y Prelacias». ¿Quiénes eran *estos príncipes de su casa*? No eran otros que el abultado conjunto de hijos y nietos ilegítimos que tuvieron los monarcas aragoneses, para quienes reservaron los mejores beneficios eclesiásticos de sus estados. El caso palmario que corrobora tales palabras fue el de los denominados Arzobispos de la Casa Real de Aragón; cuatro prelados que gobernaron, casi sin solución de continuidad, la archidiócesis de Zaragoza durante prácticamente una centuria.

Los arzobispos de la Casa Real de Aragón poseyeron la diócesis cesaraugustana entre 1460 y 1575, a excepción de dos lapsos entre 1475-1478 y 1530-1539. El primero de ellos fue don Juan de Aragón. Después, vino el pontificado de don Alonso de Aragón, que se prolongó durante más de 40 años. A su muerte, ocuparía la sede su hijo mayor don Juan y en 1539 lo hacía su hijo pequeño don Hernando. Evidentemente, no fue la única saga episcopal en España o Europa. Ahora bien, sí fue excepcional el largo tiempo que la retuvieron. Sin embargo, a pesar de su singularidad y de cubrir épocas de cambios muy intensos por todos conocidos, tan apenas se les ha prestado atención, a excepción de don Hernando, de quien se conoce en detalle su intensa labor pastoral.

Aunque don Alonso de Aragón (ca. 1468-1520), hijo de Fernando el Católico, fue quien más tiempo ocupó la archidiócesis, esto es, desde que era un niño de unos 9 años hasta su muerte 42 años después, su papel no estuvo limitado a sus tareas eclesiásticas. Haciendo un apretado resumen, fue administrador perpetuo de la archidiócesis de Zaragoza antes de los diez años de edad, lugarteniente general del reino antes de los quince y múltiples veces diputado y capitán general, lo que lo convirtió en una de las personas de mayor relevancia en la política hispana. A la muerte del Católico en 1516 se hizo responsable del gobierno de la Corona de Aragón mientras se esperaba la llegada del príncipe Carlos a España.

El interés por este personaje tan poliédrico está fuera de toda duda, por lo que sorprende el grado de desconocimiento que se ha arrastrado sobre el mismo.

* Tesis doctoral dirigida por el Dr. D. Eliseo Serrano Martín. Fue defendida en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Zaragoza el 25 de enero de 2019 ante el tribunal presidido por el Dr. D. Ricardo García Cárcel, la Dra. D.^a Cécile Vincent-Cassy y el Dr. D. José Manuel Latorre Ciria, actuando este último como secretario.

Tanto él, como en buena medida, el universo en el que se encontraba inserto. Tres son las carencias historiográficas importantes que se desprenden de esto. La primera de ellas, el abandono de la época de los Reyes Católicos para el caso de Aragón y el funcionamiento de las dinámicas políticas y sociales. Esto está estrechamente vinculado con la segunda, que es la falta de estudios actualizados sobre el Rey Católico y su entorno. La tercera carencia es lo que podría denominarse como olvido de la figura de don Alonso de Aragón, clave de bóveda en la política para todo este período.

La historia del reino de Aragón en la época de los Reyes Católicos adolece de importantes lagunas. Posiblemente estas vengan relacionadas con un conocimiento parcial del período de estos monarcas, siempre más estudiados en la órbita castellana. También tiene bastante que ver el hecho de que es una época de transición entre dos mundos; parece «pertenecer» a dos áreas de conocimiento distintas –medievalismo y modernismo– para acabar no siendo reclamada por ninguna de las dos.

Continuando con el argumento anterior, esta falta de información –que no es debida a falta de documentación– está estrechamente relacionada con el propio rey Fernando II. Podemos afirmar que ya en vida de Fernando, el Fernando-hombre fue eclipsado totalmente por el Fernando-imagen. Como actor del momento más afortunado que pudieron vivir los hispanos, restaurador de la *salus Hispaniae* y «amplificador de la fe», el mito dorado deslumbró al espectador, impidiéndole ver la realidad. A fin de cuentas, fue tomado como ejemplo de gobernante ya por sus coetáneos. Sin embargo, su esposa pasaría en el XIX a ocupar el interés de los eruditos, de manera que fue dejándose de lado un estudio total sobre él hasta nuestros días. Es más, a día de hoy no existe una biografía *completa* sobre el Católico. De tal manera, es muy poco lo que conocemos del rey de carne y hueso, así como de sus actuaciones políticas en sus estados patrimoniales.

Que de Fernando II haya un conocimiento superficial en los asuntos mencionados, podría llevar a pensar que del arzobispo don Alonso no hubiera ni siquiera un punto de partida: no es así. Distintos autores escribieron sobre él en episcopologios y por norma general siempre le dedicaron una cantidad sensiblemente mayor de páginas que a otros prelados cesaraugustanos. La calidad de las mismas es, en líneas generales, aceptable. Ahora bien, *todos* los autores de estas obras bebieron de la misma fuente, la del maestro Diego de Espés. Alargando algún aspecto, sintetizando muchos otros o quizás añadiendo algún pequeño detalle –de origen incierto–, casi todos los autores de los siglos XVII y XVIII escribieron textos muy similares sobre el arzobispo de Zaragoza. Sin embargo, es llamativo constatar que, a pesar de ser una persona de gran relevancia y clave para

entender buena parte del devenir político del gobierno de los estados del Rey Católico, no se había hecho hasta el momento presente ningún estudio desde 1785. Una serie de noticias inconexas, muchas veces datos erróneos y algún extracto de la obra de Espés han venido sirviendo para trazar unas líneas generales y difusas sobre el prelado.

Evidentemente, la presente tesis doctoral pretendía en sus inicios poner remedio a estos tres vacíos historiográficos, ya que al fin y al cabo son piezas fundamentales en el proceso que liquidó la época de los Trastámara y dio comienzo a la Monarquía Hispánica. Para lograrlo, se asciende de lo particular hacia lo general: de la persona concreta de don Alonso a las dinámicas sociales y políticas de la época de los Reyes Católicos. La biografía del prelado sirve en buena medida de ventana y pretexto para, además de conocer aspectos de su persona –educación, personalidad, espiritualidad, rentas, etc.–, poder observar distintas actuaciones de la monarquía. Las relaciones del Rey Católico con los regnícolas o con sus estados hereditarios, el empleo de la Iglesia como una extensión más de su patrimonio regio, la obsesión por dar una recta justicia siempre a sus vasallos o los medios para poderse hacer omnipresente en sus territorios son algunos de los aspectos principales. Para ello es necesario también identificar y conocer a las distintas personas que componían la compleja nebulosa de relaciones humanas en las que don Alonso estaba inserto; prestando especial atención a su familia –en sus muy distintos grados– y a sus principales servidores, así como sus conexiones con la corte.

El hecho de investigar sobre una persona en concreto, el arzobispo de Zaragoza, conduce irremediablemente a emplear el género biográfico. Empleada desde la Antigüedad de muy diversas formas, el desarrollo de esta corriente tuvo lugar a comienzos de los ochenta del siglo pasado en países anglosajones, especialmente con la llamada «historia psicológica». En el caso español, pese a contar con alguna obra de enjundia escrita durante los años 30 como la del Conde-Duque de Olivares realizada por Marañón o la del torero Juan Belmonte de Chaves Nogales, por lo general fue vista como un fósil, demasiado explotado de forma tradicional para cantar las glorias nacionales. Esto fue debido a que «la biografía política era vista como un género reservado para la historia más popular y como un género metodológicamente más conservador», en palabras de Antonio Ferós.

Hasta tal punto que se la ha llegado a calificar como «escritura necesaria», precisamente por poder fijarse en individuos que a su vez esclarecen una sociedad en su conjunto. Concilia: «la tensión entre el individuo y la sociedad, entre lo particular y lo general, entre lo local y lo universal; en definitiva, entre lo privado y lo público», según Víctor M. Núñez. No hace falta recordar que este género ha cosechado múltiples éxitos y avances en los últimos años, no sólo en España

sino también con importantes grupos y redes de investigación a nivel europeo e internacional.

De tal manera, la biografía se impuso como herramienta imprescindible a la hora de enfocar el presente trabajo, si bien no la única. Iglesia, familia y política son los tres pilares fundamentales que se mezclan casi de forma indisoluble a lo largo de todo el relato, por lo que hubo que prestarles especial atención durante el acopio bibliográfico y en otros estadios posteriores. La lectura sobre estos tres campos vino a señalar dos puntos. El primero: se trata de un estudio que aúna varias corrientes de plena actualidad historiográfica. El segundo: queda mucho por hacer en distintos aspectos vinculados con la política, la Iglesia y la familia en los albores de la modernidad en Aragón y España.

Aunque de forma específica se le ha dedicado un espacio sensiblemente inferior, los asuntos eclesiásticos son transversales y están presentes a lo largo de toda la investigación. Tradicionalmente en España, tal y como señala el profesor Federico Palomo, la historia religiosa ha sido un campo poco tratado por los historiadores ya que parecía estar reservado a grupos que podrían denominarse como «confesionales»; tendencia que ha cambiado en los últimos años. En el último decenio ha habido espacio para reflexionar sobre los derroteros de este campo histórico tan fecundo pero quizás, dejado un poco aparte. Faltan trabajos sobre religiosos concretos, sobre todo del clero secular, y su labor principal como *oradores* ya que muchos estudios se han centrado en cuestiones económicas y de cuantía de rentas.

Como ha quedado previamente expuesto, la política es la piedra angular. Dentro de la renovación historiográfica tras la caída del Muro de Berlín se encuentra la reaparición de la historia política, o como algunos han querido etiquetar, la vuelta del acontecimiento. Es necesario señalar que en España tal recuperación no fue necesaria, ya que otras tendencias –como la historia social– no la habían conseguido arrinconar del todo como pudiera haberse dado en el caso de Francia entre 1960 y 1980. Historia política es actualmente un contenedor de múltiples vertientes, tanto el relato histórico clásico mezclado con historia de las ideas, como una sociología del poder desde arriba o desde abajo; así como un «recorrido cultural de referente político». A nadie se le escapa que es a día de hoy meridianamente claro que: «historia política moderna ya no concierne tan sólo a las instituciones, sino también a los valores y ámbitos característicos de aquella época: gracia, amistad, gestión doméstica, contrato, don, liberalidad, corte», tal y como afirma el académico Xavier Gil Pujol.

En último lugar, debemos destacar el papel fundamental que desempeña la familia en el relato elaborado. Corriente muy fructífera desde los últimos de-

cenios del siglo pasado, sigue gozando de una excelente salud: al fin y al cabo, compartimos completamente la afirmación de que «la acción de una persona aislada no se entiende sino en un contexto familiar» (Hernández Franco, Rodríguez Pérez). En el presente caso es algo manifiesto posiblemente en todas sus páginas. El principal problema surgido fue la falta de datos sobre el entorno familiar del arzobispo de Zaragoza, de quien se conocía poco más allá de sus hijos y un variado elenco de nombres para su madre. La teoría de redes ha sido de especial importancia al ir desarrollando y engarzando los distintos miembros de la «otra familia» del arzobispo, aquellos que se encontraban dentro de su casa y gozaban de su *familiaritas*, sin compartir genética alguna con don Alonso.

Ante un mundo en buena medida todavía por descubrir, las fuentes de archivo han sido una parte sustancial de los ladrillos empleados en la construcción de la tesis. Sin ánimo de ser minuciosos, pasaremos a desglosar por orden los principales de ellos, cuantitativa y cualitativamente.

El primer lugar lo ocupa el Archivo de la Corona de Aragón. Después de que se perdiera la documentación perteneciente al reino –y a sus virreyes– a comienzos del XIX tanto por el fuego de los franceses como por la desidia nacional, es el principal archivo del que se han extraído datos. Resulta fundamental para entender qué asuntos despachaba el Rey Católico con su hijo y cómo lo hacía, así como el desarrollo de los distintos negocios, márgenes de actuación, implicación, etcétera. En siguiente lugar, se encuentra el Archivo Histórico de Protocolos Notariales de Zaragoza. Supone un tesoro sin límites del que ha sido posible reconstruir el entramado social más privado de don Alonso y sus principales servidores, así como conocer los entresijos de las maltrechas cuentas episcopales. La Real Academia de la Historia, en particular la Colección Salazar y Castro, ha supuesto un fondo preciosísimo. La documentación aquí conservada es muy variada pero generalmente de carácter epistolar y muchas veces personal, algo que los archivos de carácter oficial no suelen ofrecer y que permiten acercarse a lo más íntimo de las personas que aparecen en la tesis. En una línea similar, aunque menor en número, se encuentran las cartas del Archivo General de Simancas. La investigación en el Archivo Secreto Vaticano fue fundamental para poder poner fechas exactas y conocer con precisión qué beneficios eclesiásticos pudo tener don Alonso, añadir algunos desconocidos y quitar otros asumidos sin ningún tipo de fundamento empírico. En último lugar, conviene reseñar el interés de otros archivos, si bien para ámbitos más concretos, como el Archivo Histórico de la Diputación de Zaragoza, el Archivo Histórico Nacional, la Biblioteca Nacional de España, el Archivo Histórico Provincial de Zaragoza o el Archivo Real y General de Navarra.

Llegados a este punto es necesario justificar la cronología seguida en la investigación. La vida del personaje objeto de estudio finalizó abruptamente en 1520, sobreviviendo únicamente 4 años a su padre. El título lleva precisamente «en época de Fernando el Católico» por la presencia fundamental que tuvo el rey en toda la vida del prelado. La tesis está dividida en tres grandes bloques temáticos: la familia de don Alonso, el propio don Alonso y la política. Este orden establecido es en cierta medida, piramidal. Todo el entramado se apoya en la familia, sin la que el protagonista jamás pudiera haber alcanzado nada por sí mismo pero que le sirvió, junto a sus capacidades personales, para moverse con cierta habilidad en los distintos escenarios políticos que le tocó vivir. En definitiva, cada uno de los capítulos reposa en el anterior.

Como hemos dicho, el primero de ellos es referido a la familia. Hablamos de familia cuando quizás lo acertado sería hablar de familias, en plural. En primer lugar, está su familia sanguínea, ya que no se puede hablar de una familia al uso. Dos mujeres protagonizan el punto de arranque: su madre doña Aldonza Iborra y doña Ana de Gurrea, compañera con la que tuvo un prolongado amancebamiento y madre de sus hijos más destacados. Ambas tuvieron una importancia capital y aunque fueron de personalidades diametralmente opuestas, las dos permitieron al prelado ampliar enormemente sus posibilidades políticas, al igual que sus compromisos. Por una parte, los vizcondes de Évol, descendientes de su hermano uterino, quienes se adhirieron sin problemas al proyecto del arzobispo. Por otra, sus propios hijos. Estos, aunque colocados todos ellos de forma muy beneficiosa para ellos, no fueron exclusivamente peones en el gran juego de Fernando el Católico. También lo fueron de su padre, quien seguía una serie de estrategias propias.

Evidentemente, don Alonso debía todo a su padre, el rey Fernando II. La relación que tuvo con su familia paterna, la más amplia de todas, fue de especial trascendencia a la hora de implementar las políticas reales y sobre todo, de conseguir la primacía del clan de los Aragón en el período estudiado. Es destacable que, siguiendo la acertada etiqueta que se puso al siglo XV, «la era de los bastardos», buena parte de la familia real era de origen ilegítimo. En sentido opuesto, las relaciones que mantuvo el arzobispo de Zaragoza con los hijos de los reyes, sus medio hermanos, siguen estando todavía muy difusas. En último lugar hemos incluido dentro de la familia un esbozo de la casa que mantuvo don Alonso de Aragón. Rondando quizás unos números cercanos a 150 personas, destacaron dos personajes: don Juan de Alagón y Gaspar de Barrachina. Aparte de constatar que casi todos pertenecían a la oligarquía zaragozana o eran caballeros, ha sido muy interesante descubrir las relaciones endogámicas que existieron dentro de los ofi-

ciales del prelado, matrimonios y estrechos vínculos de amistad que pautaron el funcionamiento de la casa arzobispal.

El segundo de los capítulos trata sobre el don Alonso de carne y hueso. Su trayectoria vital se vio condicionada por la promoción constante que su abuelo el rey Juan II y su padre, Fernando II le brindaron. Podría decirse que es una biografía pero no lo es exactamente, se trata más bien de distintas cuestiones sobre su *modus vivendi*. Hemos querido arrojar luz sobre aquellos aspectos que habían permanecido completamente desconocidos, agrupados de manera temática. Por lo tanto, no hay un desarrollo lineal cronológico de su vida, a excepción de sus primeros años. Estos brochazos biográficos ayudan a conocer mejor al personaje, especialmente aquellos epígrafes dedicados a su intimidad –su relación con Dios o su personalidad–, pero también las dinámicas en las que estaba inserto. Por ejemplo, su carrera de acumulación de beneficios eclesiásticos desvela una serie de operaciones nada extraña en los protegidos por la monarquía. Asimismo, se observa de forma palmaria el *absoluto* control de la jerarquía eclesiástica aragonesa por parte de sus monarcas. Sencilla y llanamente, para ellos fue una extensión de su patrimonio. Aunque prácticamente todo ha sido reconstruido y ensamblado desde cero, quisiéramos reseñar que el apartado dedicado al entorno cultural del arzobispo esto fue distinto, ya que hubo que desechar buena parte de los trabajos previos para únicamente poder apuntar unas pocas certezas. En último lugar, en un intento de paliar el desengaño del lector al comprobar que no estaba ante una biografía como tal, intentamos describir sus últimos momentos. Estos también demuestran que lo que se había sostenido hasta ahora no tenía mucha credibilidad y que el arzobispo de Zaragoza murió muy posiblemente de peste. Y por ello fue enterrado en miserables condiciones.

Finalmente, el tercer y último capítulo se asienta sobre los otros dos, de allí su posición. Si la vida de don Alonso de Aragón descansaba sobre su familia, la política que desarrolló –o le dejaron desarrollar–, necesariamente se apoya en los dos capítulos previos. El desempeño político vino por su posición privilegiada como arzobispo de Zaragoza y sin lugar a dudas, por su valía para manejar los hilos del reino de Aragón. Si no, hubiera sido apartado como sucedió con otros miembros de la familia real. Este apartado, trata asuntos de carácter general sobre la política en la época del rey Fernando II de la que poco o nada se conocía. Es cierto que el interés por la representación real viene desde muy atrás aunque ha sido en los últimos decenios cuando ha cobrado un vigor sin precedentes. El problema estribaba en conocer el funcionamiento de la lugartenencia general, o virreinato si se prefiere, en estos primeros momentos de articulación del sistema. Aquí el elemento documental es muy importante tenerlo presente: faltan los documentos del propio virrey, quemados, dispersados, vendidos a peso en

el XIX. Aun así, hemos conseguido trazar un esquema relativamente satisfactorio sobre cómo funcionaba la relación lugarteniente-monarquía. Esta no deja lugar a dudas: el rey era omnisciente en todo momento de lo que sucedía en sus estados. Por otra parte, la idea tan machaconamente repetida del interés de los Reyes Católicos por la justicia ha resultado ser cierta para el caso aragonés; hubo una fijación obsesiva por la reparación y la recta impartición de justicia. Como decimos, la falta de documentación ha limitado nuestras aportaciones en otros aspectos, como su papel como diputado, capitán general o en las propias cortes: los mecanismos internos y entresijos se escapan siempre a excepción de algún caso concreto. Finalmente, encontramos una panorámica general del papel que desarrolló como arzobispo de Zaragoza. No ser una persona ejemplar no implicó que no pusiese a personas competentes que administrasen espiritualmente al rebaño que Dios tuvo a bien dejarle encomendado.

A través de la figura del arzobispo don Alonso, se ha visto una imagen de la época de los Reyes Católicos en dos aspectos fundamentales: familia y poder. La familia ocupa todos los aspectos de la vida, buena parte de ella por vía ilegítima, ocupaba los principales puestos en el reino: nobles y eclesiásticos. Éstos eran el auténtico nervio del poder, y en consecuencia, del poder del rey. En cualquier sitio que había un miembro del clan de los Aragón, la autoridad de la monarquía podía ejercerse con menos obstáculos.

Este linaje no estaba constituido únicamente por descendientes directos; podían añadir, y así lo hicieron, a otras sagas, normalmente por vía matrimonial, como los vizcondes de Évol. Es importante señalar que la *familiaritas* fue otra forma de influir en todos los niveles sociales, creando un círculo privado de caballeros, tanto de linaje como de hábito, y aristocracia urbana.

La Iglesia fue una pieza fundamental en la política, pero no la única. Para los reyes Juan II y Fernando II, el patrimonio de Dios era el suyo propio como monarcas. Pudieron hacer así su voluntad sin ningún tipo de problema religioso o moral, al menos hasta donde puede verse documentalmente. Para don Alonso, el arzobispado fue su principal forma de vida y la primera fuente de poder e ingresos. De hecho, su posición eclesiástica actuó también como jaula dorada. Cuando inopinadamente tomó las órdenes mayores, renunció a cualquier ambición por imitar a algún antepasado suyo y erigirse con el poder real. Más aún, su carrera se detuvo: no pudo obtener un capelo cardenalicio, posible puerta de acceso al *anulus piscatoris*. Por supuesto, gracias a sus distintos beneficios eclesiásticos tuvo elevadas posibilidades de salir elegido como diputado por el brazo eclesiástico, además de ser la persona más importante en el reino de Aragón. Sin duda, se trató de un príncipe *en* la Iglesia.

A lo largo de la tesis se demuestra cómo la lugartenencia general funcionaba y cómo Fernando el Católico gestionó distintos asuntos. Más o menos, se trata de una prehistoria del mundo virreinal, un mundo francamente poliédrico. El amplio campo de los problemas a los que el lugarteniente debía de enfrentarse hace imposible poderlos conocer en detalle. Un aspecto importante desarrollado por don Alonso fue la aparente restricción de poder que sufrió durante todo el ejercicio de esta magistratura, prácticamente, desde su pubertad hasta su deceso. Estaba bastante lejos de ser un auténtico *alter nos* de su padre. De hecho, éste tenía que expedirle con cierta regularidad poderes para poder ejecutar correctamente sus órdenes; y en ocasiones éstas no eran de una relevancia sobresaliente. En síntesis, todo parece haber estado sujeto a la voluntad del Rey Católico, cuya omnipresencia queda patente en la tesis doctoral y también en estas líneas.

Jaime ELIPE SORIANO
jelipe@unizar.es